

## LUZ DE NEÓN PARA **PROMETEO**

**El replanteamiento del mito del progreso en el "aquí y ahora"**

Mauricio M. Chávez Medina

**Luz** de Neón para Prometeo, es una propuesta interdisciplinaria y con un fondo experimental que la hace única. Cuatro coreógrafos (Benito González, Óscar Ruvalcaba, Alicia Sánchez y Evoé Sotelo) se han planteado explorar, desde la dramaturgia, la interpretación coreográfica bajo distintas técnicas de danza, siendo el insight, como entendimiento, como una intuición de la realidad, la idea que domina la propuesta en su conjunto.

Otra particularidad de la puesta coreográfica en escena es que se lleva a cabo en el sótano del Teatro Raúl Flores Canelo del Centro Nacional de las Artes (CENART), de la ciudad de México. Se trata de un espacio escénico sin butacas, compartido tanto por los intérpretes como por los espectadores, lo cual permite el movimiento de estos últimos tan cerca de los intérpretes como los espectadores se propongan estar, así como una acción directa de los *performers* en las emociones del espectador.

*Luz de Neón para Prometeo* es definida por sus creadores como una *intervención escénica*, es decir, como una experimentación con el espacio y el tiempo y las relaciones intérprete-espectador, espectador-espectador, intérprete-

intérprete. A partir de estas coordenadas escénicas y de movimiento, se produce una narración coreográfico-dramática, a través de la cual se sondan las posibilidades del desplazamiento y la mirada del intérprete y el espectador, en un espacio-tiempo común.

El aspecto que unifica la intervención escénica es precisamente el elemento coreográfico primo, es decir, el desplazamiento, como un "estar activo en el mundo". Esta propuesta juega con la contingencia presencial de los intérpretes y del espectador, en la manera en que un calidoscopio crea múltiples y diversas formas con el movimiento accidental de sus distintas piezas, aunque en simetría; una extraña simetría.

Esta oferta coreográfica presupone ir más allá del plano de la mimesis, entendida como representación, y adentrarse a una verdadera dramaturgia del bailarín, al desarrollo de un lenguaje coreográfico personal, como un compromiso con su exploración corporal y emocional. Un calidoscopio de movimientos, sensaciones y sentimientos. Entre estos últimos, encontramos al temor, la ira, la violencia ligada a ésta, un erotismo violento, pero no hallamos el amor.



Fotografías: cortesía de Vistagorda



Como lo plantea Evoé Sotelo, como parte de la propuesta coreográfica encontramos una promesa de gozo, pero “un gozo que duele”; una sensación de estar en el cuerpo en movimiento —el propio y el del intérprete, el goce *voyerista* de la observación de otro cuerpo en movimiento. El privilegio de estar frente a la dualidad del coreógrafo-intérprete o del intérprete-creador, quienes se colocan a sí mismos en el precipicio de sus emociones y pasiones más álgidas. Merced al modo en que se plantea la intervención escénica, se alcanza una conexión íntima entre el intérprete y el espectador o el espectador y el intérprete. Una mirada en calidoscopio; la atención fija en las múltiples posibilidades de apreciación y experiencias estéticas que este experimento escénico nos ofrece.

Asimismo, es de destacar el gran esfuerzo que despliegan cada uno de los intérpretes para involucrar a sus espectadores en el experimento y, de esa manera, provocar un mutuo condicionamiento en el accionar del intérprete y del espectador. Así, coreógrafos e intérpretes logran que la intervención escénica se desarrolle a lo largo de una atmósfera abierta, sin fronteras entre el espacio del intérprete y el del espectador. Además, logran proponer una narrativa coreográfica no arquetípica, pues no clausuran el accionar de los sujetos dentro de la misma, confinados a los límites de un desenlace preestablecido.

Los elementos que acompañan a la coreografía acentúan el carácter descarnado de la relación escénica (luces de neón a lo largo del sótano del teatro, junto a una iluminación marcada por los momentos de transición de la coreografía; una música que sugiere el minimalismo y el rock progresivo, ambos dominados por una línea melódica marcada por las percusiones; la disposición de un espacio central abierto y que invita al desplazamiento; el uso de las mallas ciclónicas y el aprovechamiento del elevador de servicio y del corredor que conduce al espacio de camerinos, que da la sensación de un juego de espejos).

Por otra parte, el diseño del vestuario nos sugiere personajes andróginos, híbridos, envueltos en ropajes oscuros, como refuerzo de la exploración de la parte oscura del hombre, su violencia contra sí mismo y los otros, un erotismo con una intensidad casi destructiva.

Quisiera destacar la propuesta temática, es decir, el concepto coreográfico en la intervención escénica. ¿Por qué *Luz de*

*Neón para Prometeo?* Una primera respuesta vincularía a este trabajo coreográfico con el mito y el arquetipo mítico del héroe, Prometeo, o cualquier otro héroe mítico dentro de otra tradición cultural, quien se enfrenta a los dioses para robarles el conocimiento, bajo una idea protohistórica de progreso, de civilización, de cultura, vista como transformación y red de significaciones. Un segundo elemento se refiere a la exploración de esa narrativa mítica desde la luz de neón, la cual simbolizan el espacio urbano genérico, ubicado en cualquier gran ciudad de cualquier país; se trata de un prometeo que es un hombre contemporáneo genérico, preñado de existencialismo, en pleno cuestionamiento de sus orígenes y de su devenir.

Bajo estas premisas, la intervención escénica parece plantearse el cuestionamiento que entraña la experiencia *postmoderna*, en términos de una indagación de los sentimientos primigenios en el hombre, en un “aquí y ahora”. Este horizonte temporal es propuesto como una preocupación que no se finca en lo que se fue o lo que se será, sino en lo que somos, a través del cristal de una conciencia permeada por la memoria colectiva, por la historia del conglomerado humano al que pertenecemos, del que venimos.

La idea detrás de estas luces de neón supone considerar a un Prometeo colectivo, a un héroe arquetípico que es uno en varios o varios en uno; al intérprete como distintos intérpretes, así como al espectador como uno y diversos espectadores, al mismo tiempo. A cada uno de los sujetos presenciales de la intervención escénica, se les plantea un cuestionamiento sobre la lectura de su momento histórico; una interrogación sobre su historicidad y sobre su narración personal y colectiva, en un mundo donde la idea de progreso armónico, de un futuro que entrañaba una noción de mejoramiento ordenado y progresivo, ya no es válida. Se trata de hombres y mujeres que descubren su daimón, el lado oscuro de sus deseos, de sus pulsiones. Al mismo tiempo, descubren la luminiscencia de sus raíces vitales y primigenias, que desentierran las raíces de un pasado lleno de contingencias, encuentros y desencuentros, pero donde la pulsión de vida, de supervivencia, que es la necesidad de crear, resulta ser la nota dominante de su condición humana. ☒

**Mauricio M. Chávez Medina.** Mexicano, licenciado en Economía y maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, antiguo miembro del Servicio Exterior Mexicano, ex columnista de un diario de circulación nacional, autor de diversos ensayos sobre temas internacionales y crítica de artes escénicas.